

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 5 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Al pueblo nicaragüense*, por Salomón de la Selva.—*A don Miguel de Unamuno*, por Teresa de la Parra.—*Sombras en la sombra*, por Clara Diana.—*La fuerza de la justicia*, por Elías Jiménez Rojas.—*Una carta al hermano del Presidente Calles sobre el caso de Nicaragua*, por Ernesto Martín.—*Nacionalismo e imperialismo*, por F. L. Minnigerode.—*Lección de economía política*. (Caricatura), por Solano.—*Cartas alusivas*.—*Cuatro sonetos* de Julio Dantas.—*Cordura*, por Augusto Arias.—*¿Por qué no reconocer a nuestros amigos?*, por Mario Sancho.—*Dos cartas* de Alberto Ulloa.—*Bibliografía titular*.—LA EDAD DE ORO: *Juan Manso*, por Miguel de Unamuno.

REGRESO a mi país en un asunto de la mayor importancia. Sería contra natura que después de una ausencia de años no me sintiera profundamente conmovido. Aquí nací y aquí nacieron mis padres. Cuanto era mortal en mi padre es ahora suelo de este suelo: yo soy hijo de esta tierra.

También espiritualmente soy hijo legítimo de Nicaragua, porque me he mantenido fiel a las influencias espirituales que, más que las cosas de la materia, constituyen la patria. He vivido en muchos países, he viajado mucho, he aprendido idiomas extranjeros: donde quiera que he estado, en todos los idiomas que he hablado, mi mayor orgullo, mi contento especial, ha sido renovar mi profesión de fe nicaragüense y proclamarla claramente.

Vengo, pues, a Nicaragua, no como el hijo pródigo después de una vida de alegres azares y de despilfarro de energías, sino más bien como el Ulises épico después de mucha experiencia adquirida con dolor, después de mucho vagar prudentemente utilizado, después de muchas adversidades sufridas con paciencia.

Aunque no era más que un niño cuando salí de Nicaragua la primera vez, ya llevaba ciertas heridas difíciles en mi corazón. He ocupado una alta posición en el exterior; he probado lo que es la vida cómoda; hoy podía gozar de una vida regalada en el Norte. Pero las heridas que he dicho, me lo impiden. Porque no hablo de heridas personales, heridas sólo mías: hablo de heridas nacionales, de heridas de la patria. Mi corazón no sanará si antes no sana el corazón de Nicaragua.

Mientras haya miseria en Nicaragua yo no puedo aceptar riqueza alguna; mientras haya tribulación en mi país yo no puedo vivir a gusto; mientras haya alguna obra que hacer por la patria yo no puedo posponerla a mis intereses personales.

Destruir nuestra miseria, abolir nuestras tribulaciones, trabajar por el bienestar de

Al pueblo de Nicaragua

Declaraciones inéditas del egregio poeta nicaragüense SALOMÓN DE LA SELVA que dejó a nuestro cuidado, meses há, Leonardo Montalbán. El señor de la Selva calza su artículo, en el original, con estas líneas escritas con lápiz:

Amigo Montalbán: Accedo a la excitativa del compañero Calderón, enviándole inédito este artículo. Va en él mi corazón, que usted sabrá recibir con generosidad y comprensión.

SALOMÓN DE LA SELVA

Por motivos que ignoramos, tan elocuente artículo no vió la luz en el *Diario de Costa Rica*, a que venía destinado,—siendo como era, entonces, su Director, el señor Montalbán.—Nos parece muy interesante, y lo publicamos.

mi pueblo, he ahí mi trabajo especial; en esto y sólo en esto puedo hallar la satisfacción íntima sin la que la vida sería sin sabor.

Pero donde no hay libertad no se puede destruir la miseria, no se puede abolir la tribulación; quienes no tienen libertad no tienen patria.

«¡Libertad! ¡la Libertad es pan! ¡El pan es la Libertad!» exclamaba Heine, el gran poeta alemán. En 1905 un gran amigo de la humanidad entera, uno de los hombres más grandes de nuestro continente, Samuel Gompers, explicaba que ese pan no es el pan ordinario de las mesas solamente, sino todo cuanto se condensa en ese vocablo simbólico. En Nicaragua pan tiene que significar trabajo para todos, buen trabajo con buen sueldo; oportunidades iguales para todos; horas más cortas de trabajo para todos; viviendas higiénicas para todos; los beneficios, y asimismo las obligaciones, que se derivan de la verdadera civilización y de la cultura legítima, siempre para todos.

Este pan nos hace falta, y no lo obtendremos si antes no tenemos libertad, porque la libertad es la harina con que se hace ese pan. Por eso, mi preocupación más inmediata es que Nicaragua recobre lo que de su libertad haya perdido y asegure esa libertad contra toda pérdida futura.

Hay en el Norte de nuestro continente una gran nación, los Estados Unidos, donde

viví tanto tiempo y trabajé con tanto tesón que me fué posible levantarme de limpiabotas y vendedor de periódicos a la posición de profesor universitario. Naturalmente, me he mantenido despierto al modo de pensar y de sentir de ese país. Ha sido mi especial cuidado conocer bien el pueblo de los Estados Unidos.

No creo haberlo logrado. Será fácil para el viajero casual decir, después de algunos meses de residencia allí, que conoce al pueblo norteamericano. Yo no puedo asegurar tanto. Pero sé que hasta hace poco vivió

un hombre a quien su país unánimemente considera como uno de los grandes líderes que han hecho a esa nación la más próspera de la tierra. Me refiero a Teodoro Roosevelt. Teodoro Roosevelt conocía a su pueblo. Esto, para mí, constituye su más fuerte título de grandeza: que conocía a su pueblo. Y como al hablar de la libertad de Nicaragua no faltarán norteamericanos, ni seguramente nicaragüenses de los que se creen conocedores de los norteamericanos, que crean que esa libertad despertará la oposición de los Estados Unidos, quiero citar el *Discurso sobre Lincoln*, que pronunció Roosevelt el 4 de Junio de 1917, el último, quizás, de sus grandes discursos: «En este país,» dijo, refiriéndose a los Estados Unidos, «no debemos tener más bandera que la bandera americana, ni más idioma que el inglés, y, sobre todo, debemos tener una sola lealtad, una lealtad exclusiva e indivisible a los Estados».

Así dijo un gran americano en una gran ocasión, y yo creo que se me aplaudirá en los Estados Unidos si interpreto el concepto de libertad, para Nicaragua, en palabras idénticas; si digo que en Nicaragua no debemos tener más bandera que la bandera nicaragüense, ni más idioma que el español, y sobre todo, que debemos tener una sola lealtad, una lealtad exclusiva e indivisible a Nicaragua.

Pero si no fuera cierto que esta interpre-

tación de la libertad hallara eco en los Estados Unidos; si sucediera que el dictado rooseveltiano es para el exclusivo goce de los Estados Unidos, así me costara la vida preferiría cualquier sacrificio antes que el menoscabo cualquiera de esa libertad para nosotros.

Pero no abrigo el menor temor de que sea ese el caso. Los Estados Unidos, como todo pueblo, están cuajados de error; los Estados Unidos, también como todo pueblo, tienen en su seno, y con frecuencia en elevados puestos, a individuos que más bien merecen la cárcel. Sólo de estos hombres tenemos qué temer, sólo de estos individuos sin conciencia que están al servicio del egoísmo organizado. Ellos, estoy seguro que nos harán la guerra. Somos débiles para luchar con éxito en su contra, para luchar solos; felizmente hay en los Estados Unidos hombres buenos, hombres de buena voluntad, dispuestos a refrenar la desmedida ambición de los trágalo-todo responsables de la mala fama que los Estados Unidos gozan en nuestras latitudes. Mr. Hartwell L. Brunson, mi compañero, dará testimonio de esto.

Necesitamos la ayuda de los Estados Unidos. Ese país ha amasado un poder tan tremendo que ha llegado a ser factor indispensable en todo esfuerzo universal. La Liga de Naciones por ejemplo: si esa organización, apoyada por cincuenta países, no ha satisfecho las esperanzas que en ella se fundaron, esto se debe, en la opinión del mundo entero, a que los Estados Unidos no forman parte de ellos. En este continente la influencia que los Estados Unidos ejercen es imponderable. No podemos concebir ningún proyecto de gran importancia sin considerar la actitud norteamericana. Vivimos en una civilización capitalista y los Estados Unidos son la capital del capital. Pero si eso es cierto, esto también es igualmente cierto: que sólo por una perversidad puede interpretarse la influencia de los Estados Unidos de manera que signifique la pérdida de nuestra libertad. La historia de los Estados Unidos testifica ampliamente que ese país fué concebido en el vientre de la Libertad y dedicado a la proposición que todos los hombres nacieron iguales, que todos los pueblos deben disfrutar de su libertad. Si los Estados Unidos se desvían permanentemente de ese principio se habrán suicidado. El pueblo de los Estados Unidos comprende esto y volverá sobre sus pasos, hasta tomar de nuevo el sendero abandonado, siempre cuando sus directores lo hayan guiado por otros senderos. Mr. Brunson dará testimonio de esto. Y sobre esta seguridad establezco mi fe en que no tenemos qué temer de parte de los Estados Unidos si nos mantenemos firmes en nuestro propósito de ser libres.

No peligraremos sino cuando olvidemos nuestra lealtad a Nicaragua. Sólo cuando inclinemos nuestra frente nacional hasta que toque la bota del Tío Samuel nos dará esa bota en la cara. Sólo que nos echemos rastro en el suelo estaremos en peligro de que nos carguen a patadas. Seamos hombres

y mantengámonos en actitud varonil. Seamos celosos de nuestra libertad. Que se nos halle siempre de pie, y nada temeremos perder nuestra independencia. A los perros se les da de patadas y a los hombres perrunos y a las naciones que se comportan como perros, pero nunca a los hombres varones de veras, nunca a los pueblos viriles.

Quiero declarar de manera concluyente que la política en sí no me interesa. Nada me importa este o aquel partido. Pero no puedo tolerar que por conveniencia política un grupo cualquiera, un hombre cualquiera, imponga una humillación a Nicaragua. Después de años de trabajo, de esfuerzo, de preparación, de devoción a mis ideales patrios, después de una juventud no del todo mal empleada, he conseguido que en el bullicio del mundo, que en todo nuestro continente, que en los Estados Unidos mismos, se me escuche con atención. Esa es toda mi fuerza: pruébela quien quiera. Yo opondré sin piedad toda esa fuerza, capaz de despertar conciencias, contra todo quien se empeñe en inducir a Nicaragua hacia la indignidad nacional.

Hallo a Nicaragua perturbada por la agitación política. Mi interés personal en esa agitación, en esa lucha de candidatos, de partidos, es algo que quiero precisar: *Los nicaragüenses y sólo los nicaragüenses pueden interpretar las leyes del país; los nicaragüenses y sólo los nicaragüenses pueden nominar candidatos presidenciales; los nicaragüenses y sólo los nicaragüenses pueden elegir su gobierno.* Ningún extranjero, no importa qué posición ocupe; ningún interés extranjero, no importa qué poder posea; ningún gobierno extraño, no importa la grandeza del pueblo que represente, debe ni puede imponerse a la voluntad popular de Nicaragua. Toda invitación que haga un nicaragüense, tendiente a que un extraño, hombre o gobierno, ejerza selección o aprobación de candidatos, constituye alta traición; y todo extraño, hombre o gobierno, que exija hacer esa selección, cometerá ultraje y villanía.

Al pueblo nicaragüense se le ha mentido y engañado tanto que ya está al punto de creer que no puede elegir su gobernante sin sanción o consentimiento norteamericano. ¡Embuste! Yo traigo la buena nueva redentora de que no es necesario pedir el consentimiento de nadie para elegir presidente de Nicaragua sino sólo del pueblo nicaragüense. Declaro que quien pida otro consentimiento que no sea ese, es un embaucador y un traidor. Afirmo que Nicaragua puede salvarse sólo por medio del ejercicio de su libertad completa, y que la libertad se vuelve farsa y escándalo y se anula, si los nicaragüenses no pueden postular sus candidatos ellos mismos y elegir su propio gobierno sin la tutela ni la imposición de nadie.

Mr. Brunson dirá que su país no está de ninguna manera deseoso de entrometerse en la política interna de Nicaragua. La alta representación que trae le da autoridad. Le consta que el Departamento de Estado en Washington ha declarado terminantemente

que no favorece a candidato alguno en Nicaragua, que quien diga tener el apoyo del gobierno de los Estados Unidos, miente. El Departamento de Estado también ha declarado que no es de su competencia ni de la competencia de sus agentes diplomáticos, interpretar la Constitución Nicaragüense. Es de máxima importancia que el pueblo de Nicaragua sepa esto. A decirlo al pueblo de Nicaragua viene Mr. Brunson.

Mr. Brunson también dirá que la suerte del pueblo nicaragüense no es objeto de indiferencia a los obreros organizados de los Estados Unidos.

Así como el nicaragüense explotador del obrero en Nicaragua tiene intereses en común con el capitalista norteamericano, de igual modo el obrero nicaragüense tiene intereses en común con el obrero de los Estados Unidos, intereses que Mr. Brunson tratará de demostrar.

* * *

He dicho en el comienzo de estas declaraciones que vengo en un asunto de la mayor importancia. Lo expuesto patentiza esa aserción. Puede ser que algo de esto se haya colado y que a ese respecto floten opiniones o versiones contrarias, tal vez falsas. Quiero que se sepa con toda claridad el origen de la misión que traigo.

Todo el mundo sabe en Nicaragua que milité en el ejército inglés durante el último año de la Gran Guerra y que, en 1919, cuando obtuve mi baja, serví de secretario a uno de los jefes de una importante casa bancaria en Nueva York. En tal concepto vine ese año a Centro América y me di cuenta cabal de los negocios de banqueros norteamericanos con nuestros gobiernos, de sus exigencias, de sus ambiciones, de su modo de operar, de su manera de obtener concesiones. De poco serviría mi esfuerzo actual para libertar a Nicaragua si no conociera los métodos que emplean los capitalistas norteamericanos en sus negociaciones con nosotros, si ignorara las influencias que para lograr su objeto ponen en juego en nuestros países y en el suyo.

Cuando me hube graduado, por decirlo así, de esos conocimientos, me esforcé por conocer a fondo el llamado «pan-americanismo oficial». Durante cosa de medio año trabajé en Washington, en la Unión Panamericana, y cuando hube aprendido cuanto quería saber de esto, tuve la buena suerte de perfeccionarme mediante un estudio en México, en mi preparación para ser útil a mi pueblo.

A mediados de 1921 llegué a ese gran país. Allí aprendí mucho. Aprendí principalmente que, por virtud de la voluntad inquebrantable de ser libre, un pueblo puede recobrar su libertad, por esclavizado que haya sido, por atado que esté de pies y manos con los lazos del capitalismo extranjero.

En México me afilié al movimiento laborista. El movimiento laborista es lo que ha salvado a México para los mexicanos. No ha sido éste ni aquel líder político o militar, aunque México ha desarrollado lí-

deres políticos y soldados que son la admiración del mundo; quien ha salvado a México ha sido la acción concertada, unida, firme, de las masas laborantes. De manera que los líderes de obreros han llegado a ser, como en el caso de Carrillo Puerto, ídolo de los mayas y mártir de Yucatán, como en el caso de Luis Morones, el director principal del movimiento, el hombre de más amplia visión que he conocido, como en el caso de Gasca, viejo zapatero, mucho más importantes, con importancia duradera, que cualquier político o general. Porque la grandeza individual se mide ya no por la fuerza de sugestión que se ejerza en las masas en un momento dado, sino más bien por el servicio que se les preste.

El mismo fenómeno ocurre en los Estados Unidos. Samuel Gompers, el infatigable apóstol de las uniones obreras, el líder máximo del laborismo norteamericano, como individuo es inmensamente mayor que cualquier político, tiene mayor influencia personal, mayor fuerza. Esto se debe a que constantemente goza del apoyo y de la confianza de millones de obreros a quienes sirve con ahinco, noblemente, mientras que el líder puramente político es hijo de las circunstancias, que con frecuencia lo desconocen; hijo también de los empleos suculentos que esté en posibilidad de dar y dé.

En México uní mi suerte a la del movimiento laborista. Reconocí en las masas del pueblo mexicano los mismos problemas que los de mi pueblo, y comprendí que el movimiento laborista era la fuerza consciente dedicada a resolver esos problemas, la única capaz de resolverlos. Yo quería tener experiencia en la formación y en el desarrollo de las organizaciones de obreros y de campesinos. Quería también servir de todo corazón al movimiento mexicano, que a mi juicio constituye el más laudable experimento social en nuestra América, el mejor esfuerzo por obtener justicia, redención, bienestar para los trabajadores, para los verdaderos productores de la riqueza nacional. Comprendí asimismo que lo que nuestra América necesita es un coordinador,

un gran coordinador de los varios esfuerzos aislados de nuestros diferentes pueblos y sentí en mí el llamado, divino podría decir, de encarnar yo, en tanto no apareciera alguien mayor, más hábil, más digno, ese espíritu de coordinación. Era necesario que yo conociera a México y que en México se me conociera. Puedo decir que mi labor actual sería deficiente si el movimiento laborista mexicano me fuera desconocido y si yo no fuera conocido o no disfrutara de la confianza de los directores de ese movimiento.

No fui a holgar en un lecho de rosas. Los enemigos del movimiento, aún muchos que habían sido amigos íntimos míos, hasta el mismo a cuya invitación debo el haber ido a México, se volvieron mis enemigos. He sido débil y fuerte, he sido odiado y respetado según corría el viento para el movimiento laborista.

Dudo que haya sido yo de gran utilidad; pero mi devoción sincera a los ideales del movimiento, mi lealtad, mi integridad, mi entusiasmo, me ganaron el cariño y el aprecio, la simpatía y el respeto de los dirigentes del movimiento. Siento que su corazón se mantiene abierto para mí, me conforta la seguridad de contar con su confianza, sé que cuento con su apoyo decidido.

Amo a México. Este cariño hubiera bastado para que allí mi labor hubiera sido lo que ha sido. Pero un cariño más hondo todavía me animaba: el amor a mi patria.

Soy orgulloso de ser nicaragüense. Creo en la bondad y en la alta capacidad de mi pueblo. Creo en el halagador porvenir de mi país. Ningún riesgo, ni tampoco ninguna promesa de ganancia o de comodidad, podrían jamás hacerme esconder o repudiar mi calidad de nicaragüense.

Y he hallado en todas partes, en las universidades norteamericanas, en el ejército británico, en el movimiento laborista mexicano, que en mí se ha respetado esa calidad, esa ciudadanía.

En México he sido siempre el hermano de Nicaragua, el compañero nicaragüense. En toda ocasión me sentía, como obligado

por honor, a subrayar mi ciudadanía. Como nicaragüense y por nicaragüense se me quiso, se me honró, se me ayudó en el desarrollo de mis deseos para mi patria.

Aquí debe ser ya del conocimiento de todos que al movimiento laborista mexicano le cupo salvar a la gloriosa Revolución haciéndola de destructora, constructora, forjadora de un México nuevo y mejor sobre las ruinas del México viejo, del México capitalista, del México esclavizado. Aquí debe ser ya del conocimiento de todos también, que el último esfuerzo de la Reacción para destruir la Revolución (la infidencia de Adolfo de la Huerta y de altos jefes del ejército), fracasó rotundamente gracias a la actitud firme y espontánea, noble y consciente de los trabajadores que integran la Confederación Regional Obrera Mexicana.

Pero no sé si es igualmente bien sabido que este triunfo del laborismo mexicano se debió en buena parte al apoyo que le dió la Federación Americana del Trabajo, apoyo tan desinteresado como efectivo. Considero de gran importancia que esto se sepa entre nosotros. Mr. Brunson representa a la Federación Panamericana del Trabajo, y a esta organización la integran principalmente la Federación Americana del Trabajo (*American Federation of Labor*), y la Confederación Regional Obrera Mexicana. Ambas organizaciones representan, unidas, a más de seis millones de obreros fuertemente organizados, la norteamericana a cuatro y medio millones y la mexicana a millón seiscientos mil.

Si mi misión en Nicaragua tiene éxito o no, es cuestión aparte. Deseo decir por ahora que, aún cuando nada más hiciera, mucho habré hecho ya, para merecer la consideración de mi pueblo, con haber obtenido para él la simpatía bien orientada y el deseo de serle útil, de ayudarle en la resolución de sus problemas, de seis millones de obreros organizados de los países del Norte, países que por raza común o por intereses materiales, por lazos del espíritu y de la materia, están ligados al nuestro.

Para mí es este un triunfo merecido. No ha sido por casualidad que lo he logrado. Lo he logrado porque se ha tenido confianza en mi integridad, mi sinceridad, mi habilidad. Lo he logrado porque hace años vengo preparándome y preparándolo. Lo he logrado porque en Washington como en México se tiene confianza en mí, en mi capacidad para ser el campeón de mi pueblo, el campeón de la libertad de Nicaragua, de la organización del proletariado nicaragüense, de la causa de la justicia que abarca no sólo a Nicaragua sino al mundo entero y que nos interesa no sólo a los nicaragüenses sino también a los hombres de buena voluntad en todo el mundo.

Se dirá que he vivido tanto tiempo fuera de Nicaragua que desconozco necesariamente su situación actual, sus problemas inmediatos, su política del momento. Es cierto que he permanecido largo tiempo fuera de la patria, pero la patria siempre ha estado en mí. Como poeta, como solda-

Quien habla de la prensa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Cervecería TRAUBE se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
REFRESCOS Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,	SIROPES Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

A don Miguel de Unamuno

(Carta escrita en julio de 1925)

do, como obrero, como enamorado, como profesor en universidades de renombre mundial, en todos los senderos de la vida por los que he peregrinado, Nicaragua ha sido dueña de mi sentir, señora de mi pensamiento. Nicaragua ha sido para mí, madre, mujer e hija. La procesión ritual de los días y las noches y el pasaje fugitivo de los años me vieron siempre fiel a Nicaragua, lleno de ella, nunca olvidadizo.

¿Cómo podría olvidarla jamás? Todos saben, en Nicaragua, mi historia personal y las leyendas con que las ha envuelto la fantasía del trópico. Todos saben que de niño estuve en el Hospicio de Huérfanos de San Juan de Dios, en León. La pobreza de mi familia no es secreto. De niño probé pan bien amargo. Días hubo frecuentes, cuando en mi casa faltaba que comer, cuando en mi casa no había más que el llanto de mis hermanitos, las lágrimas de mi madre y su fe en los santos de su devoción. Yo era criatura y sin embargo lo comprendía todo. Aquel dolor está vivo en mi corazón. Aquellas lágrimas están frescas todavía en mis párpados de hombre. Ni sanarán mis heridas cordiales, ni se secarán jamás mis lágrimas, en tanto la alegría, divina curandera, no abrace a toda Nicaragua. Porque la pobreza de mi hogar, porque mi dolor de niño, en cierto modo que yo siento, no eran dolor ni pobreza singulares, sino concreción de la pobreza y del dolor patrio.

Mientras haya en Nicaragua niños descalzos como yo fui, que me crié descalzo; mientras haya en Nicaragua niños piojosos como yo fui, que tuve piojos; mientras haya en Nicaragua piecitos con niguas, como fueron los míos; barriguitas con lombrices, hogares sin alegría, hogares pobres, madres que lloran en silencio y que en silencio llaman a santos que no oyen; mientras en Nicaragua haya miseria, mientras en Nicaragua falte la libertad, mientras en Nicaragua la civilización y la cultura y la justicia sean mentira trágica, mientras todo esto sea, no habrá regocijo que me llene ni habré paz.

A mi pueblo le digo que le he sido bien fiel, nadie más fiel que yo. A mi pueblo le digo que era justo, que era bien merecido que yo fuese quien le trajera esta buena nueva: Los obreros de México y los obreros de los Estados Unidos están contigo.

No desconocen cuánto has sufrido y están dispuestos a que no sufras más. Atrévete a ser libre que ellos te apoyarán. Osa tu libertad y verás que no estás sola.

No es hora de transar ni menos de rendirse. La hora es de tener honor y valor. La hora es de proclamar y coronar la justicia.

No rindamos ningún derecho nuestro, no cometamos indignidad ninguna, hagámonos respetar, respetémonos nosotros mismos para que se nos respete.

Atrevámonos a ser libres y seremos libres. Temámoslo, acobardémonos, y nos esclavizarán.

¡Obreros, organicémonos y libertémonos de un golpe de los amos del país y de los amos en el extranjero!

SALOMÓN DE LA SELVA

Es a usted mi, estimado Maestro y amigo Unamuno, a quien debo más que a nadie, la satisfacción íntima y serena, depurada de toda vanidad, de haber escrito un libro.

Cuando le conocí y le dediqué mi novela en el almuerzo literario de hace algunas semanas, pensé que no iba usted a leer ni una sola de sus 520 páginas. Es verdad que con acento austero y patriarcal de abuelo vasco, había demostrado interesarse muy vivamente, por su raza española de más allá del mar. Habló de ella con pasión, como si hablara de su propia descendencia, «verdadera resurrección de la carne» explicó usted. Pero también es cierto que luego, con el mismo acento austero de abuelo vasco, y con aire además muy despectivo, habló de las personas superficiales, de las mujeres cuya única preocupación era el vestir, y de todos aquellos que confunden lamentablemente, el modernismo o moda, con la verdadera elegancia: la escultórica, la que reside en el ademán y en el esqueleto, como es la del Esopo de Velazquez en sus harapos, o como la de Ulises al presentarse desnudo a Nausicaa. Deduje que mal podía encontrar gracia ante sus ojos, una novela, cuyo órgano directo de expresión como el teclado de un piano, era casi todo el tiempo la preocupación de la elegancia, no la escultórica, sino la otra, la de la equivocación lamentable, la del modernismo o moda. Y me fui convencida de que novela y autora habían de parecerle igualmente triviales e indignas de atención.

Grandísima fué mi sorpresa el otro día, cuando al entrar en un recinto oí que hablaba usted de *Ifigenia* ante numeroso auditorio: ¡Ya estaba leída! ¡Y con qué lujo de pormenores anotada! La analizaba usted detalle por detalle, sin entusiasmos, ni elogios, sino con esa paciente curiosidad, con que examina el naturalista un insecto del campo o la flor silvestre que por la primera vez ha llamado su atención. Mi presencia no alteró en un ápice el hilo de su conversación, y siguió detallando el libro como si entre la autora y la recién llegada no existiese el menor lazo común. Yo sentí al instante el milagro del desdoblamiento, me hice también auditorio, y por primera vez, encantada, libre de censuras y de elogios directos, sin asomo de vanidad, tuve la sensación noble y confortante de «haber escrito».

Quiero darle las gracias, por el milagro de desdoblamiento; quiero dárselas por el juicio escrito, pero quiero

dárselas sobre todo por estas cuatro páginas que recibí anteayer, apretadas notas, hechas con lápiz al calor de la lectura. ¡Cuántas son y que llenas están de vida!

Los elogios son sobrios, sólo dicen indicando página y párrafo «Bien»; «Muy bien» y algunas veces: «¡Muy bien!» sin dar razones lo cual es una forma de generosidad, porque mi imaginación puede elegir lo que más le agrade, y en los ratos de fecundo optimismo, forjarlas y elegir las todas!

Las objeciones son mucho menos lacónicas. Como algunas de ellas terminan con un punto de interrogación, me persiguen sin cesar con su voz de pregunta. Yo quisiera acallarlas, pero ellas no se avienen al silencio. Necesito pues contestar algunas de las que tengan a mi entender contestación o sea defensa, porque hay otras, lo confieso, que al igual de la Esfinge ¡se quedarán interrogando eternamente!

Copio pues las escogidas, bajo el párrafo aludido, y con el número correspondiente de la página tal cual usted lo ha hecho y voy contestando:

Pg. 52 y 53... «tiene para todas las criaturas la dulce piedad fraternal de San Francisco de Asís...» *Yo no creo que la piedad de Gregoria fuese, precisamente franciscana ¿o es que se refiere usted entonces a ese San Francisco elegantizado por una leyenda turbia?*

—Me es difícil saber cual es mi San Francisco, Don Miguel ¡he visto pasar tantos! Al primero lo recuerdo entre las nieblas sonrosadas y confusas de mi primera infancia, cuando aun no sabía leer. Lo conocí en una oleografía presidiendo la hospitalidad de cierta casa amiga, sobre el portón cerrado del zaguán o vestíbulo, tal cual acostumbra hacerse allá en Caracas. Era como el portero complaciente y mudo de aquella casa. Yo solía contemplarlo a mi sabor mientras «venían a abrir». Lo representaba la oleografía, abrazando al Crucificado, con los estigmas que despedían cinco rayos y el globo del mundo bajo su pie. Este primer San Francisco portero si me entretuvo a ratos, no encendió jamás mi cariño ni mi admiración. Tal vez porque mis ojos recién abiertos a la vida juzgaban a las personas según sus apariencias, y aquel pobre capuchino, de sandalias y cerquillo, tan semejante a cualquier contemporáneo, y tan inferior al dulce Crucificado, no podía evocar el prestigio del pasado ni el esplendor augusto del cielo. Desde entonces, han

seguido desfilando ante mi vista, diversos San Franciscos, en cuadros, esculturas, sermones y versos decadentes, hasta conocerlo por fin, descrito por Joergensen y por la Pardo Bazán. Estos dos autores despertaron definitivamente, mi admiración y mi gran ternura por el santo, tal cual si le hubiera visto, en su dulce andar sobre la tierra, hablando y sonriendo. ¿Será éste por fin el verdadero?... ¡Quién sabe! Confieso que no he leído aun el San Francisco de Sabatier, y que no conozco el texto entero de *Las Florecillas*. En todo caso, el San Francisco a que aludo en mi novela, es aquel suave, y descalzo hermano de todo cuanto existe; el que llegó a cantar a *la hermana muerta*; el que a fuerza de amar toda pobreza, amó en el Hermano Jenípero, la miseria fragante de su inteligencia; y el que de haber conocido a mi vieja lavandera, pobre, negra y fea, en vista de la humildad alegre de su espíritu, no hubiese titubeado en llamarla también: *hermana Gregoria*.

Pg. 111... «abuso y soberbia de la inteligencia...» ¿Y qué me dice usted del abuso y soberbia de la tontería?

—Pero es que Tío Pancho, no parangona aquí, la inteligencia con la tontería, sino que la parangona con las luces naturales del instinto, a las que juzga superiores y mucho más amables. Yo considero que la tontería no es ininteligencia, sino debilidad de inteligencia, con desorden comunicativo en las ideas y gran facilidad de palabra para manifestarlo. Me parece como a usted que el tonto es con frecuencia más funesto que el torpe, y creo que ambos son más incómodos que el bruto, con lo cual vuelvo a caer en las mismas ideas que expresaba tío Pancho.

Pg. 113. «...La gran armonía del Universo basada en la resignación completa de las víctimas...» ¿Y esa resignación no es a las veces el divino desprecio hacia el tirano?

—¡Cierto! Yo también pienso que en toda resignación, y en todo sacrificio hay un divino desprecio, hacia alguien o hacia algo, un divino desprecio inactivo, que no pide venganza ni pide justicia, y que duerme tranquilo con el dulce sueño de la serenidad.

Pg. 47. «...Los monjes acaban por olvidarse de sí mismos a fuerza de no mirarse (bella expresión) nunca en los espejos...»

«...Como uno se olvida de sí mismo, Teresa, desdoblándose y vaciándose, es a fuerza de mirarse en el espejo. ¿El espejo nos da acaso nuestro fondo?»

—No. Pero recuerde que *María Eugenia* Alonso no hablaba aquí del alma. Hablaba del rostro, de la apariencia exterior. Era a la belleza física de su amiga *Mercedes Galindo*, a la que ella aludía. Y de ésta, con sus caprichosas alternativas y dolorosas decadencias, sólo nos habla el espejo, o las espontáneas manifestaciones ajenas que también vienen de otro espejo: los ojos.

Pág. 149 «...la mentira dulce hermana de la paz...» ¿La verdad entonces hermana de la guerra?

—Sí; sí; yo creo mil veces que sí aunque Ud. no lo apruebe! Perdóneme esta insubordinación agravada de aparente cinismo. Pero los que tenemos el espíritu orientado hacia la verdad, no tanto por virtud, como por un natural indolente, distraído y falto de imaginación, conocemos las amarguras de guerras encendidas, por verdades imprudentes que podíamos muy bien haber dejado dormir en la penumbra. Esto desde el punto de vista egoísta o conveniencia. Desde otro punto de vista, el de la piedad o altruismo, considero que la verdad, desencadenada en nuestra boca, puede producir heridas tan dolorosas, crueles e inútiles como las que producen fusiles y cañones en tiempo de guerra. Creo en suma, que si al conocimiento de la verdad, debemos algunos instantes de exaltada satisfacción, es su perpetua ignorancia, quien nos concede en cambio el feliz aprecio de nosotros mismos y la cordial consecuencia que de ello resulta: estar siempre de acuerdo con nuestra propia persona y con todas aquellas otras que acompañándonos en la vida, nos la siembran de flores, porque también aprendieron a venerar, discreta y bondadosamente dicha afable ignorancia.

Pág. 259... ¿Por qué no publica usted más versos?

Porque solo he hecho en toda mi vida a costa de mucho esfuerzo, dos o tres poesías que juzgo bastante mediocres. Yo creo que en el fondo de casi toda poesía lírica, hay un impudor de alma que se desnuda, y el impudor necesita gran pureza de forma, a fin de no exponerse a ser reprochable o a ser cómico.

Pg. «...el único objeto de la fe es la esperanza...» *La aparente irreligiosidad de la pobre señorita que escribió porque se fastidiaba, es una forma de religiosidad y nada me extrañaría que María Eugenia Alonso acabara en devota, ya que no en mística, y mucho menos en asceta. Su verdadera tragedia está expresada ahí, en su sed de inmortalidad, si no en*

el sentido católico y judaico, en el otro de que ya le he hablado: el helénico y platónico. Es por eso por lo que escribió y no por fastidio. ¿Por qué no escribió usted hastio que es más castellano y más energético?

—El título primitivo de mi novela era: «*Ifigenia*» y como subtítulo: «*Diario de la señorita que se aburre*». Antes de terminar el libro, se publicaron unos fragmentos encabezados tan sólo por el subtítulo. Debía anunciarse la aparición de los fragmentos, y para ello, antes de remitir mi manuscrito, dí el título de viva voz para el anuncio. Publicaron por error «que se fastidia» en lugar de «que se aburre», y yo no corregí, en parte por inercia, o acuerdo con lo ya establecido, en parte también porque la substitución, me advertía que si la palabra «fastidio» era menos precisa, resultaba en cambio más espontánea o natural dentro del léxico venezolano. La acepté pues como un venezonalismo, y corregí el libro de acuerdo con el nuevo título. No creía entonces que mi novela fuese más allá de Venezuela. Pero estoy muy de acuerdo con usted: en español de España, en castellano, la palabra «fastidio» que tiene otras acepciones, no expresa de una manera precisa la idea del hastío. Muchísimo me complace al comprobar que prescindiendo de tantas otras, es ésta la única objeción que me hace usted en cuanto a léxico, ésta misma que mi oído me advirtió muy a tiempo. Y digo mi oído don Miguel, porque es en él en donde la analogía, la sintaxis, la retórica, el diccionario de galicismos, y aún el de la Academia, han tejido al azar su caprichoso nido, sin colaboración ninguna de mi parte, tal cual las aves del cielo y como Dios les ha dado a entender. Desde allí promulgan leyes que yo no me esfuerzo en recopilar, y que un travieso espíritu tan propicio a las artes como rebelde a las ciencias me obliga de continuo a obedecer. Yo escucho atolondradamente sus locas insinuaciones, con ellas por todo bagaje, me voy a escribir, y me consuelo de tal pobreza pensando que es agradable virtud la de humillar así la inteligencia, que su soberbia puede expiarse con terrible pena de pedantería, y que es servidumbre caer bajo su dictadura, ya que nunca fué ella, sino nuestra madre la necesidad, y nuestro buen hermano el uso, los autores de toda gracia y de toda naturalidad.

...Y ahora un consejo: No se preocupe de lo que digan, ni dejen de decir de su libro; recójase en sí; tire el espejo, Teresa...

—Recójase en sí! No sabe qué de acuerdo estoy con ese paternal con-

sejo, que me he dado a mí misma tantas veces, sin obtener como resultado, sino la tristeza, el remordimiento y la humillación de no haberlo seguido nunca. Y si como usted, tanto aprecio el recogimiento, no es porque el trato con mi propia persona me parezca especialmente interesante, sino porque es en la soledad del alma, donde suelen visitarnos, con sus rostros más amables y sonrientes, las imágenes de nuestros semejantes. Allí entablan alegres y amenísimas tertulias en donde las palabras corren libremente, sin que las empozoñe el deseo de brillar, ni las cohiba el temor de resultar indiscretas. En cuanto al espejo, créame: el culto diario que le rindo por rutina y sin asomos de fe, está cruelmente castigado, por aquella aridez espiritual de que hablan los místicos: ausencia de la divina gracia por tibieza en el fervor. Creo que el espejo, no solamente nos vacía y nos desdobra como usted bien dice, sino que nos multiplica además hasta lo infinito en partículas tan insignificantes, que las vamos perdiendo como alfileres, por salones, dancings y casinos, sin que nos sea posible volver a encontrarlas nunca. Prueba de mi poco fervor al espejo, don Miguel, es que muchas, muchas veces, mirando desfilar maniqués en las exposiciones de las casas de moda, mientras mis pobres ojos se entornan agobiados por todas las zozobras de la indecisión, y de los precios inabordables, sorprendo de pronto a mi espíritu, que furtivamente, sin más traje que sus dos alas de nostalgia, se ha ido volando, camino de aquella otra exposición, que usted conoce muy bien: la que se extiende a orillas del Sena, desde el Quai de la Tournelle, al Quai d'Orsay, la que bajo el cielo, la lluvia y el sol, abre a todos los ojos sus generosos cajones, tan amables de aspecto como afables de precio: la exposición de los libreros de lance (vieja amiga llena de regalos y de ricas sorpresas a quien siempre tengo presente y a quien nunca voy a ver!... No, yo no hubiera inventado el espejo, don Miguel! Si como Narciso me ahogo todos los días en su insípida atracción, no es por convencimiento, créalo, es: por arraigada tontería, por obstinado espíritu de asociación, por inercia de hoja seca, que corre, salta y se destroza sobre la corriente con apariencias de inmenso regocijo; es, en una palabra, por esta cómoda mentalidad de carnero, que nos conduce por la vida a hombres y a mujeres, en plácidos y apretadísimos rebaños. De todo lo cual deduzco que no debemos engreirnos ni despreciarnos demasiado por nuestras propias acciones, ya que como opinaba el buen abate Coignard:

viles o nobles no son enteramente nuestras, las recibimos de todas las manos y casi nunca las merecemos.

Esperando que tendré el gusto de verlo pasado mañana, y que sabré entonces lo que piensa de esta última herejía, lo saludo con todo mi cariño, y mi gran devoción.

TERESA DE LA PARRA

Dirección: Legación de Venezuela
7 Rue de Chaillot, París.

Sombras en la sombra

A doña ANGELA BALDARES
DE GUERRA, con mi simpatía.

SOMBRA, es vaga oscuridad; es la confusión de los contornos hasta perderse la forma de las cosas. Así, no podemos reconocer en lo oscuro, aquello que nos es más familiar.

Al decir sombra, tenemos la idea de suavidad, de quietud, de ensueño. Cuando la sombra es tenue, como sucede al anochecer, pueden destacarse sobre ella otras sombras menores. Me agrada mucho observar siluetas humanas en un campo sombrío. Se ven apenas los perfiles móviles. Las cabezas semejan frutos oscuros de contorno redondeado. Una mano levantada parece una flor con los pétalos arrollados. El perfil de un rostro es tan vago, tan grácil y tan inquietante!

Mirando a las siluetas moverse, como jirones de oscuridad, sobre un plano oscurecido, he tenido la impresión de las almas y su destino: sombra éste y sombras aquéllas.

Fluctúan las almas sin ver claridad en su camino. Teje cada cual en su huso, sin darse cuenta de la calidad de su hilo. Unas tienen madejas de tersa, de sutilísima seda; hilos de oro, como cabellos de sol, puso el Destino en otras manos; a algunos les dió hebras burdas, ásperas; a otros, ovillos blandos y plateados como algodón de luna.

Tejen las almas en la sombra y van haciendo distintos arabescos: primorosos unos; inconclusos quedan otros; toscos salen algunos.

Son las almas, celestes arañas tejedoras; aves migratorias, que vienen a fabricar su nido en la sombra del ramaje—a veces palacios de plumas y de raso; cuevitas de arcilla y de yerba en ocasiones.—Pero nido siempre, que todas dejarán, para volar, como siluetas del Destino sombrío, hacia La Luz ultraterrena!

CLARA DIANA

San José, Costa Rica.

La fuerza de la justicia

EN seis renglones aparece la segunda parte del artículo de Martín Luis Guzmán¹, porque no estoy de acuerdo en cuanto a sus conclusiones. Contra el dólar debemos poner los latinoamericanos lo que poseemos, lo que es más potente que el dólar: el espíritu de nuestra raza. No es dinero lo que urge amontonar. Lo que urge es procurar mejorarnos moralmente, vigorizar nuestra personalidad. Rotas las hostilidades entre los Estados Unidos y el resto de América—y rotas están hipócritamente desde hace un siglo—lo que nos toca oponer es la fuerza que está al alcance de los débiles: la fuerza de la justicia.

Hay una ley de gravitación a la que tienen que sujetarse los edificios para no derrumbarse al crecer; hay una ley de derecho a la cual tiene que obedecer el engrandecimiento de las naciones para ser estable. Los Estados Unidos están perdiendo el sentido del derecho. Sintámoslo por ellos. Si no se enmiendan, les llegará indefectiblemente el día del desastre. De conquistadores pasarán a conquistados, en la medida misma en que hayan descuidado el desenvolvimiento de las fuerzas mentales.

El gobierno político y el gobierno económico no son causas; son efectos.

Así como dentro de una nación no es siempre el rey el individuo más fuerte o más libre, así, en la sociedad de las naciones, la mayor autonomía y la apariencia de grandeza suelen no coincidir. La autonomía moral nadie puede arrancársela a quien la posee, sea éste un individuo o un pueblo. El territorio de Polonia fué despedido; pero Polonia no murió.

En cuanto tiene de justo el predominio de los Estados Unidos, aceptémoslo como un beneficio. En cuanto tiene de injusto, no nos descorazone demasiado. Combatámoslo, no con dólares: con lo que a ellos les ha servido para hacer dólares y que manifiestamente comienza a faltarles. Pero... estamos en guerra: hablemos en voz baja y que no nos entiendan.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

(De Reproducción,
San José, Costa Rica).

¹ Véase el REPERTORIO número 23 del tomo XIII.

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica
y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»
Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Una carta al hermano del Presidente Calles a propósito del escándalo de Nicaragua

Para nuestra conciencia indo española los atributos soberanos de los pueblos no son artículo de agio

=De La Prensa. Nueva York=

Nueva York, 11 Diciembre 1926.

Señor don Arturo M. Elías,

Cónsul General de Méjico.

Presente.

Muy señor mío:

Permítame presentar a usted mi calurosa felicitación por la levantada actitud de su gobierno en el escándalo de Nicaragua.

Méjico se negó a reconocer el gobierno espurio de Adolfo Díaz, y ha reconocido el gobierno constitucional de Juan Bautista Sacasa.

Tuve el honor de ser el Secretario y Tesorero de la Corte de Justicia Centroamericana desde que aquella institución fué establecida, por noble iniciativa de Méjico y los Estados Unidos, en 1910, hasta 1914, en que el Gobierno de Costa Rica requirió mis servicios diplomáticos en Europa.

La constitución de la Corte de Justicia Centroamericana procuró a los cinco hermanos países del istmo un tribunal propio para la solución de sus conflictos, eliminando la deprimente intervención de los Estados Unidos en sus querellas intestinas. Una grave diferencia surgida, poco después, entre Honduras, El Salvador y Guatemala, que sin la Corte hubiese dado origen a una guerra inevitable, fué por la Corte resuelta satisfactoriamente, asegurándose así la paz de Centro América y quedando demostrada la eficacia de la institución naciente.

Fué el gobierno de Nicaragua, el gobierno de los Adolfos Díaz y los Emilianos Chamorros, quien inmoló a la Corte de Justicia Centroamericana, para poder entregar su país a los especuladores norteamericanos con el apoyo militar de los Estados Unidos.

En 1912 era presidente de Nicaragua el mismo siniestro Adolfo Díaz que ahora ha sido reconocido por el gobierno de Washington. Su Ministro de la Guerra, general Mena, se alzó en armas—querellas de serrallo—y los liberales oprimidos aprovecharon la oportunidad para lanzarse también a la pelea.

Como los gobernantes de Managua anunciaron su propósito de solicitar la cooperación de fuerzas norteamericanas para debelar el movimiento revolucionario, el propio magistrado de Nicaragua pidió a la Corte que enviase ésta una comisión a fin de que el conflicto fuese arreglado en

familia sin deshonrosa intervención del extranjero. De esa comisión formé yo parte.

Venciendo innumerables fatigas y peligros, a Nicaragua fuimos los comisionados de la Corte, atravesando todo el territorio devastado por la guerra. En Granada encontramos al general Mena, a quien un ataque de parálisis había puesto fuera de combate el mismo día en que la rebelión fué comenzada; y, naturalmente, se mostró propicio a cualquier fácil arreglo. En Masaya el general Zeledón, heroico jefe de las fuerzas liberales, nos declaró su anuencia a un avenimiento que excluyese intervenciones extranjeras.

Nuestra misión fracasó, sin embargo, ante la obstinada actitud de Adolfo Díaz, presidente de la República, Diego Manuel Chamorro, Ministro de Relaciones Exteriores y Emiliano Chamorro, general en jefe del ejército, quienes rotundamente negaron su asquiescencia a que el asunto fuese arreglado por elementos centroamericanos porque a toda costa querían la ocupación de Nicaragua por tropas de los Estados Unidos. Fué así como desembarcaron en Centro América, sesenta años después del filibustero Walker, los blue-jackets de la Marina norteamericana que hasta el año pasado vinieron sirviendo de guardia pretoriana al gobierno de Managua.

Aquel fué el primer golpe a la existencia de la Corte. La herida de muerte ocurrió después, cuando Emiliano Chamorro firmó en Washington un tratado en el cual el gobierno de Nicaragua le entregaba a los Estados Unidos, por los treinta dineros bíblicos, el Golfo de Fonseca y la ruta del canal. La Corte declaró nulo ese tratado, que violaba derechos territoriales, de Honduras, El Salvador y Costa Rica, y constituía una flagrante amenaza a la soberanía de Centro América. El gobierno de Managua, cómplice estipendiado de los banqueros de Wall Street, retiró su magistrado de la Corte. Y así murió aquella augusta institución, que era el baluarte de la conciencia nacional de Centro América.

Cuando tras un calvario de ominosas depredaciones, parecía haberse liberado Nicaragua del régimen político que puso en almoneda el patrimonio moral y material de su pueblo, los mismos Chamorro y Díaz remachan la cadena protegidos, como en

1912, por fuerza militar de los Estados Unidos.

En la misma columna de los periódicos de Nueva York que anunciaban, hace dos semanas, el reconocimiento del gobierno de Adolfo Díaz y la solicitud hecha por éste de que fuerzas norteamericanas lo apoyaran, podía leerse la noticia de la próxima negociación de un empréstito para Nicaragua. ¡La bandera de Jefferson y Lincoln cubriendo tráficos leoninos y escudando envilecedoras opresiones!

Méjico, cuya carne ha sido implacablemente mutilada por las garras del águila, realiza otra vez el gesto gallardo de proclamar, cualesquiera que puedan ser las consecuencias, que para nuestra conciencia indo española los atributos soberanos de los pueblos no son artículo de agio.

Es claro que Díaz y no Sacasa será en definitiva el presidente de Nicaragua, porque los banqueros norteamericanos así lo tienen decretado. Pero la actitud de Méjico es el primer paso reivindicatorio; y el llamamiento que ella implica al honor de la América Española repercutirá con intensidad cada día más clamorosa, del Río Grande a la Tierra del Fuego.

Reciba por ello las congratulaciones y agradecimientos de un centroamericano.

ERNESTO MARTIN

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Londres.

«¿Qué piensa Asia de la civilización cristiana?» Rabindranath Tagore, ganador del Premio Nóbel de Literatura en 1913, y fundador de la Institución Internacional de Santiniketan, en Bengala, repitió la pregunta pausadamente. Después entrecerró sus ojos e inclinó en meditación su cabeza por unos instantes.

Sería difícil imaginar un hombre más dignificado, más aristocrático que Tagore, mientras reflexionaba sentado sobre una cómoda mecedora. Su largo cabello blanco de blancura de nieve, su barba aun más blanca, sus delgadas y delicadas manos, su fino rostro, el rostro de un hombre que debe de haber pensado toda su vida pensamientos puros, sus ojos benévolos, su larga bata flotante, parecen pertenecer en su más alto grado al portador de un mensaje de bondad.

Rabindranath Tagore es llamado a menudo «místico». Mas, impresiona como demasiado lleno del jugo de bondad humana para ser un místico en el sentido pleno de la palabra.

Precipitadamente se incorpora y hace una reverencia. Entonces, pausadamente, con una voz que habla el inglés con acentos que hacen cada palabra clara y musical, repite de nuevo la pregunta: «¿Qué piensa Asia de la civilización cristiana?» Y de esta vez la respuesta aparece con prontitud.

«Europa, dijo, ha perdido tremendamente prestigio a través de toda Asia, y los asiáticos están más que nunca convencidos de que, espiritualmente, Europa nada tiene que darles. Asia, durante los años pasados, solía mirar a Europa con algo parecido a la reverencia. Hoy cree Asia que Europa no habla la verdad».

Sueños espléndidos

«De joven esperaba con ansia la ocasión en que haría mi primera visita a Europa. Soñaba con cosas espléndidas, no cosas materiales, sino nobles pensamientos, nobles características. Me imaginaba encontrando gentes con conciencias que guiaban no solamente al individuo sino a la nación. Había, sin embargo, confiado demasiado en la espiritualidad que parecía abundar en los comienzos del siglo diecinueve, cuando Keats y She-

Nacionalismo e imperialismo

Por F. L. Minnigerode



Rabindranath Tagore

lley y Byron y muchos más parecían sonar la trompeta para cosas más elevadas. Encendieron de ideales mi imaginación.

«Más tarde el gran Lincoln surgió a alturas espléndidas. Garibaldi me impresionó como un espíritu en busca de una lucha por el derecho. Los escritos y narraciones de esos hombres me habían influenciado fuertemente; me hicieron creer que en Europa encontraría una conciencia verdadera en los hombres, en los pueblos, en las naciones; que yo descubriría un continente en donde los pueblos luchaban por ideales elevados. Fui mordazmente contrariado.

«En mis viajes por los países llamados altamente civilizados—en Europa, en América, en Japón—he encontrado todas las influencias existentes que llevan a las naciones precipitadamente hacia las cosas materiales, a la exclusión de las cosas espirituales. Estas cosas materiales son de poco valor. Hoy las grandes naciones y sus grandes hombres miden el éxito en términos de volumen. Lo que significa que no son grandes.

«No es tarea grande comprender y poner en uso las fuerzas de la electricidad. Un hombre no ha realizado mucho simplemente porque su fábrica pueda arrojar mil automóviles diarios... Todo se realiza con orden y método, y con facilidad puede el hombre gobernar los detalles de tales cosas. ¿Mas, quien puede sondear las confusiones del sér? Los grandes cirujanos conocen la carne, ¿pero, quien se empeña en comprender el espíritu del hombre?»

«La tabla de multiplicar se ha convertido en algo más grande que los diez mandamientos. «Tened todo en grande escala» parece ser el santo y seña de los tiempos. La civilización occidental ha puesto todo en un nivel de producción en masa, con excepción de los pensamientos e influencias que están trabajando en la mente humana. Esto se ha abandonado tristemente.

«¿Cree Ud. como periodista, que estos grandes, voluminosos diarios vendidos en las calles de Londres son preferibles a sus páginas realmente dignas de leer? ¡Y cuán insensatos son los lectores de esas veinte o veinticuatro páginas! Con orgullo cuentan el número de páginas de sus diarios favoritos. Lo que en las hojas está impreso parece importarles muy poco.

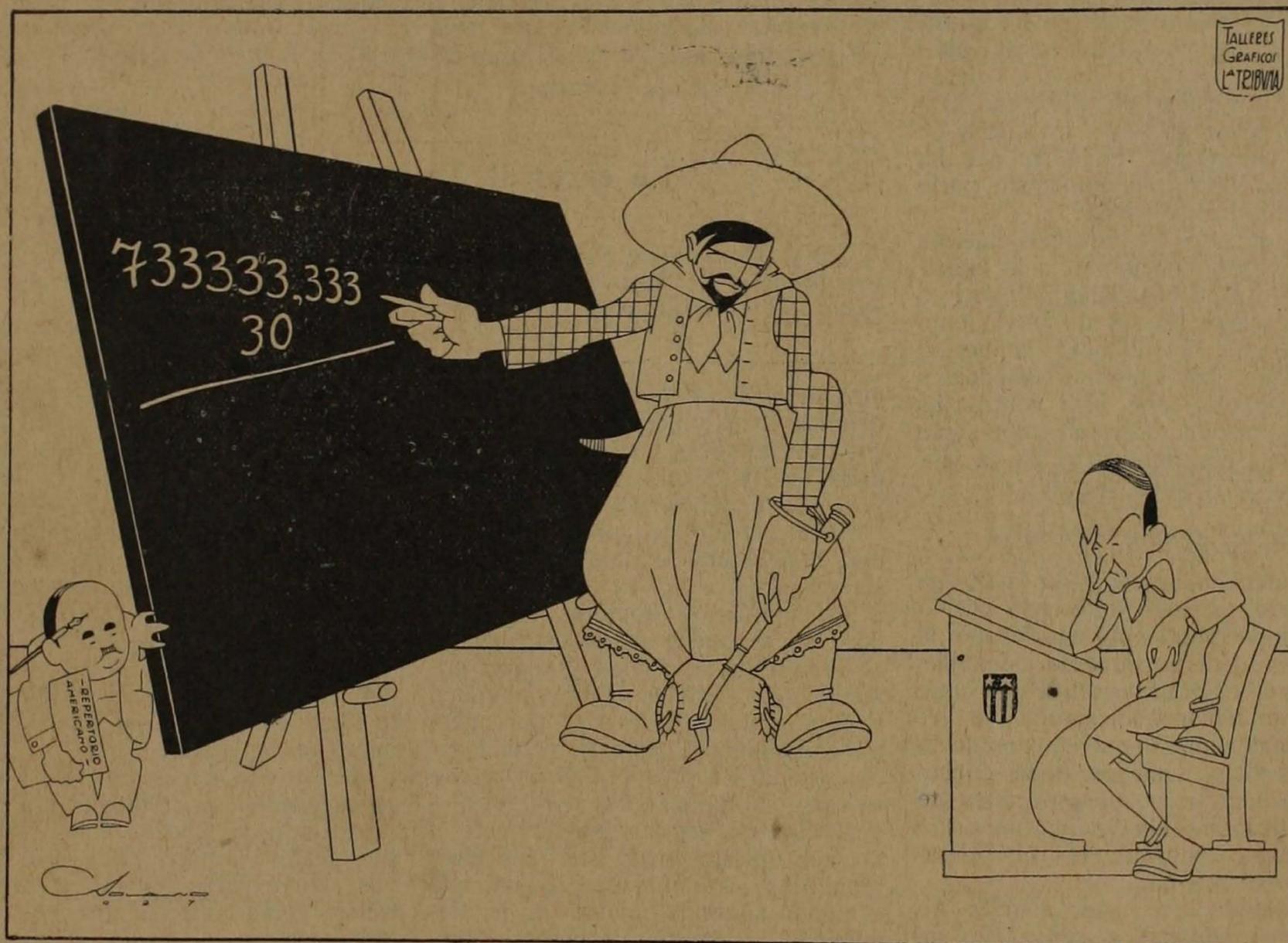
«Pero lo que los pueblos de Asia observan con la más ardiente aprehensión es el espíritu agresivo del nacionalismo e imperialismo que cultivan las naciones de Europa. Es una amenaza para el mundo entero. La desmoralización política de Europa es tan aguda que necesariamente debe reaccionar sobre Asia, cuyos pueblos son las víctimas de la explotación occidental».

«¿Cree Ud., le interrogamos, que ese espíritu es tan activo en Estados Unidos como en Europa?»

Lección de economía política

Por SOLANO

México 18.—Cablegrama de Buenos Aires, República Argentina, informa que en aquel país se ha establecido un boicoteo para todos los productos norteamericanos con motivo de la política de Estados Unidos en los asuntos de Nicaragua y México y como protesta contra esa política. Debido a tal boicoteo, el comercio norteamericano allí ha perdido veintidós millones de dólares en un mes. (De los diarios).



El gaucho.—Si un comerciante pierde en un día 733.333.33, ¿cuánto perderá en un mes?
Coolidge.—!!!
El "Repertorio".—¡Veintidós millones, nada más!

«Quizá no tan activo, replicó. Pero allí existe. Uds. tienen las Islas Filipinas. No parecen los Estados Unidos ser un país codicioso en demasía por las tierras ajenas. Hay en Estados Unidos un espíritu que parece luchar por los ideales. Pero este espíritu es casi arrebatado, precipitado en la carrera por la propiedad material. Los Estados Unidos parecen inclinados a tratar más bondadosamente a otros pueblos. Queda por ver si esa inclinación puede perdurar y crecer, si Estados Unidos pueden convertirse en una gran fuerza para la doctrina del vivir y dejar vivir».

Ha mencionado Tagore al Japón y le preguntamos entonces cómo ha cambiado, en su opinión, espiritualmente por su contacto progresivo con las ideas de Europa.

«Hacambiado completamente, dijo. El espíritu de grandeza, de prosperidad material, de engrandecimiento lo retiene con fuerza. El antiguo espíritu Samurai ha muerto. Japón ha comenzado la marcha de la expansión territorial.

»El propio respeto moral de un pueblo es más grande que todas las glorias. El imperialismo apaga el propio respeto y hace esclavos a los hombres. No los deja hablar ni pensar por sí mismos. La civilización occidental se produjo porque el poder de gobernar se distribuyó entre todo un pueblo. Hubo una dignidad individual, una conciencia individual de importancia. Las dictaduras acabaron con esa individualidad».

«A propósito de dictadores, Doctor Tagore, recientemente ha sido usted

recibido con gran cordialidad por Mussolini y sin embargo, con su amor de libertad individual seguramente usted no aprueba los métodos fascistas».

«Mi popularidad se desvaneció súbitamente en Italia, replica. Cuando les hube dicho mi verdadera opinión acerca de un gobierno que permitía poca o ninguna libertad, me encontré abandonado por todos los que antes habían estado listos a honrarme.

»En Italia el culto de la fuerza sin escrúpulos es el vehículo del nacionalismo y su fuerza mantiene vivo el fuego del celo internacional. Puede ser en último término el medio para producir una destrucción universal. El mundo se encuentra en estos tiempos de rápidos trasatlánticos, ferrocarriles y aeroplanos, atado estrecha-

mente. Las fronteras no son sino líneas imaginarias que en realidad no separan una nación de la otra. Todo proceso de destrucción una vez en camino soplará más allá de estas fronteras. Las montañas y los mares no son ya por más tiempo barreras».

La aventura italiana ha tenido muchos ecos. Según los informes del cable la prensa de Italia publicó enseguida comentarios de alabanza atribuidos a Tagore, que lo hacían aparecer como en un todo de acuerdo con los principios del Fascismo. Refiere el poeta que esto lo obligó, en cuanto abandonó Italia, a dar su negativa. Dirigió un manifiesto, parte del cual es como sigue:

«Los métodos y principios básicos del Fascismo conciernen a la humanidad, y es absurdo imaginar que yo pudiera nunca apoyar un movimiento que suprime violentamente la libertad de palabra, que impone obediencia a sus mandatos, que está contra las convicciones del individuo y que sigue el camino ensangrentado de la violencia y del crimen secreto».

Imperialismo bárbaro

«He declarado una y otra vez que el espíritu agresivo del nacionalismo y del imperialismo observados por la mayoría de las naciones occidentales como una religión constituye una amenaza para el mundo entero. La retrogradación moral que ha producido en la política europea tiene consecuencias muy ruinosas, especialmente para los pueblos del Oriente que están a merced de los métodos occidentales de explotación».

«De modo que, aun cuando no fuera casi criminal, sí sería para mí insensatez que admirara un ideal político que exalta abiertamente a la violencia brutal como la fuerza dinámica de la civilización. Y si consideramos este barbarismo, que no es en absoluto imposible de combinación con la prosperidad material, como deseable, su costo es espantosamente elevado».

Por muchos años Rabindranath Tagore ha estado predicando su evangelio de paz y hermandad universal. Su ideal es el todo perfecto, no el todo roto en fragmentos haciéndose mutuamente la guerra. «El universo, escribió uno de sus discípulos, resumiendo su filosofía, ha de contemplarse como una única familia en donde los diferentes vecinos son los miembros, cada uno contribuyendo con su cuota para el bien del todo. Así todos los pueblos tendrían un sitio bajo el sol». Y en la propia imagen de Tagore leemos:

«Como la misión de la rosa está en el abrirse de sus pétalos, que implica distinción, así la rosa de la hu-

Cartas alusivas

(Fragmentos)

Boston, 10 de enero de 1927.

...Mi querido García, su periódico es una bandera de un ejército que todavía está por organizarse pero que algún día se organizará para darle batalla al comercialismo hipócrita e inexcusable de aquí. Por esto y por nuestra vieja amistad me dirijo a usted pidiéndole un lugarcito en el REPERTORIO para el grito de mi patriotismo ofendido. Publique los dos artículos, si es posible, en inglés y en español y mándeme unos cuantos números del REPERTORIO para distribuirlos aquí. Otra vez cuando me haya curado del todo del mal con que Jehová castigó a los de Azoto (1 Samuel cap. V. 6) le escribiré largo y tendido.

...Lo abraza, suyo afectísimo,

MARIO SANCHO

La carta de Teresa de la Parra

París, 22 de noviembre de 1926.

...En compensación, y a pedido, y con un saludo cordial, de la autora, me permito enviarle incluso un interesantísimo artículo, inédito, una respuesta a Unamuno, que, estoy seguro, Ud. hallará digna de su magnífico REPERTORIO.

G. ZALDUMBIDE

manidad sólo es perfecta cuando las diversas razas y naciones desplieguen sus características, distintas todas, pero todas unidas al tallo de la humanidad por el lazo del amor».

Ha dicho en otra parte: «Hay en este mundo una ley moral que tiene su aplicación a la vez al individuo y a los cuerpos de hombres organizados. No se puede violar esta ley en el nombre de su nación y seguir gozando sus ventajas como individuo. Podemos olvidar la verdad por nuestra conveniencia, pero la verdad no nos olvida. La prosperidad no puede salvarse sin fundamento moral. A menos que el hombre pueda ver el abismo abierto entre sus depósitos repletos y su humanidad, hasta que él pueda sentir la unidad de la humanidad, la especie de barbarie que se llama civilización, existirá».

Recuerdo que dijo Tagore que si Cristo llegara a New York sería obligado a reembarcarse por falta de dólares, si no por otra razón; y también que si Cristo hubiera nacido en los Estados Unidos, el Ku Klux Klan lo habría destruido.

«¿Cree Ud. que en verdad somos tan malos como todo eso?»

«¿No es cierto, dice, hoy día que tal expresión «Bienaventurados los mansos» es una blasfemia política? Suponga que Cristo dijera en los Estados Unidos: «Bienaventurados los pobres!! Se juzgaría esto como herejía económica. ¿Y si dijera El a su país que es tan fácil para un rico llegar al cielo como para un camello pasar por el hueco de una aguja? no sería encarcelado? Quizá los Estados Unidos no extremarían tanto como para infligir castigo material a Cristo a causa de sus expresiones. Pero el hecho existe, creo yo, de que ser pobre o manso en los Estados Unidos es estar abandonado».

El Secretario de Tagore había entrado al cuarto repetidas veces cuando conversábamos, dirigiendo molestas miradas en mi dirección. El tiempo era valioso, porque iban a partir temprano de la mañana para Escandinavia. Con demasiada frecuencia se oía golpear la puerta. La entrevista terminó. Mi pregunta final fué la siguiente:

«¿Clasifica Ud. a los Estados Unidos entre los grandes poderes europeos que carecen por completo de espiritualidad, o cree Ud. que aun arde una antorcha espiritual?»

«Estoy convencido de que los Estados Unidos—y ciertamente algunos americanos lo hacen—andan en pos de ideales, replicó. Sea que estos buscadores de cosas mejores sean destruidos como consecuencia del aplastante número del campo opuesto, sea que eventualmente hagan oír sus voces a través del mundo y sean un gran poder para el bien de todos los pueblos, no estoy calificado para profetizar. Todos los hombres deben esperar que salgan con bien».

(Traducido para el REPERTORIO AMERICANO de *The New York Magazine*).

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales

Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Página lírica

Cuatro senetos de Julio Dantas

Demóstenes

En casa de Laís, una mañana,
Demóstenes entró; también quería
comprar, en unas horas de alegría,
el cuerpo de la bella cortesana.

Tánto soñó en su carne soberana
que poseída casi la sentía!
La regia meretriz resplandecía
semienvuelta en su túnica de grana.

Tímido preguntó:—«¿Por cuánto cedés
un ósculo fugaz»? Y con desprecio:
—«Cuenta mil dracmas y gozarme puedes».

—«¿Por tan breve placer? ¡Qué desvarío!
No, mujer, yo no pago a tánto precio
ni mi arrepentimiento ni mi hastío».

El fauno

Junto al plinto de piedra donde un fauno medita,
Arlequín desdoblando su manto de color,
cómo debe besarse a una mujer bonita,
le explicaba, entre risas, a un Pierrot soñador.

—«Avispa de oro que huye o rosa que palpita,
voy a decirte, amigo, cuál beso es el mejor:
besar es una ciencia profunda y exquisita,
y yo soy, hace tiempos, un sabio profesor.

El beso más sutil, la caricia más loca,
principia en el cabello, mal desflora la boca,
desciende al seno izquierdo... y al corazón se va».

—«Ingenuos»—dijo el fauno desde los verdes ramos:
de los miles de besos que a las mujeres damos,
el mejor entre todos es el que no se da.

El guante

Meses después de esa hora dolorida,
volví ya resignado y sin rencor,
al nido aquel donde vivió el amor
más grande y más sincero de mi vida.

Comprendí ¡cuánta imagen bendecida!
que puede haber encanto en el dolor.
Un perfume—¡era el tuyo!—en rededor.
Un guante abandonado en tu partida.

¡Un guante y un perfume! Eso restaba
de los ardientes besos que te daba,
de tu mentido amor, de ti quizás.

¿Qué fui al cabo en tu vida tan intensa?
El perfume en que nunca más se piensa,
el guante que no vuelve a usarse más.

La liga de la Duquesa

La Duquesa, una rara belleza de cantiga,
de bastón de cristal, de cabello empolvado,
al descender un día de su escabel dorado,
sintió desanudársele el broche de una liga.

Quiso arreglarlo al punto, (¡tánto el pudor obliga!)
pero al mirar en torno vió al capellán al lado.

Un paso más y piérdese el lazo desatado,
lo que causó en la corte una tremenda intriga.

Lanzáronse pregones. Condes, marqueses, todos
buscábalo doquiera, por diferentes modos,
presas de una malsana curiosidad y afán.

Mas cuando ya ninguno lo esperaba, oh sorpresa,
encontróse la liga perdida a la Duquesa,
en el libro de rezos del padre capellán.

Trad. de MIGUEL RASCH ISLA

Bogotá, Colombia.

Cordura

Será la última fragua
la cabeza aurirroja de esa extraña judía.
En los espejos móviles del agua
mi juventud se mira todavía
y agranda, tembladora, la imagen adorada de la muerta
y se yergue su espíritu como un fantasma vigilante
y su manos de nieve van a clavar la puerta
del huerto en el que se alza el lirio de ese instante.

La última fragua. Mi alma, como un ala de sueño
no se quemó en el loco fuego de la judía.
El agua del jardín con unánime empeño
el lirio de otro instante refleja milagrosa todavía.

Inquietud de su frente de alabastro
que bajó hacia mi pensa amorosa y pensativa.
Mi oculto pensamiento se hizo un astro
para besar esa azucena viva.

Blancura inmaterial de sus manos. Blancura
de su beso sin la acre lujuria de la vida.
Malena. Mi cordura...
intocada, perdida,

Mujer, último amigo
que aún dialogas sin voz con mi largo silencio:
tu silueta alta y fina duplicada conmigo
llena el sendero oculto de un resplandor inmenso.

Dulce inmovilidad en que no late al viento vario
tu corazón precioso de violeta y sensitiva.
Silencio, para siempre, del rosario
entre los nardos de tus manos, mi dichosa cautiva.

Me sugieres la paz.
Sorda al tropel de los hombres te abandonas
al azahar de mi recuerdo que aspiras en el aire, ¡Mi Dulzura!
con tus labios cerrados me perdonas;
tu pensamiento helado es mi cordura.
Soy avaro de mi alma que se duerme
contigo—sombra ya—en tu virgen mutismo.
Tus labios que no quieren responderme
se llevan mi secreto.
¡Cordura del amor que se adora a sí mismo!
Muerta, lirio de siempre, el amigo perfecto.

Quito - Ecuador.
(Lista de Correos).

AUGUSTO ARIAS

¿Por qué no reconocer a nuestros amigos?

UNA de las curiosidades de nuestras relaciones con la América Latina es la manera funesta como ha venido desarrollándose la nueva doctrina establecida por Woodrow Wilson, de que ningún gobierno sería reconocido en ninguno de los países latinos que viniera al poder por medio de un golpe de estado o una revolución. Partiendo de la premisa de que ningún gobierno en este Continente puede obtener estabilidad sin el reconocimiento americano, el Presidente Wilson trató de desanimar las revoluciones en los países del Sur declarando que el Gobierno de los Estados Unidos no reconocería ningún régimen que no fuera establecido por medios constitucionales. Esta doctrina fué expresada por vez primera por el Presidente Wilson en su famoso discurso de Mobile; ella ha reaparecido en las series de acuerdos y convenciones firmados por delegados latinos «with their tongues in their cheeks» durante las conferencias de Washington en las cuales el Secretario de Estado Hughes fué la figura dominante y ha sido tratada con alguna deferencia por la Administración Coolidge.

La impracticabilidad de tratar con los países latinos de acuerdo con una fórmula fija se demostró pronto. Una sangrienta revolución tuvo lugar en Perú y el Presidente Wilson reconoció las fuerzas victoriosas. Un poco después, en Costa Rica, Tinoco se apoderó del poder sin disparar un tiro y el Presidente Wilson volvió a su vieja fórmula. Tinoco trató en vano de mantenerse en el poder, y finalmente fué expulsado del país, con daño de los intereses extranjeros en el entretanto. En México el empeño de Wilson de arreglar la situación con métodos aplicables en Estados Unidos resultó una trágica burla, tal vez responsable hasta cierto punto por el derramamiento de sangre que siguió. En Guatemala, después de un tiránico pero próspero reinado de 26 años, Manuel Estrada Cabrera fué derrocado por fuerza y violencia y la Administración Harding, después de una demora más larga de lo que consideraban necesario personas familiarizadas con el país, reconoció el gobierno establecido por Orellana. Más recientemente en Nicaragua, el Presidente Coolidge rehusó el reconocimiento del régimen conservador del Presidente Chamorro y luego reconoció como presidente a Adolfo Díaz, quien había ayudado a Chamorro en el golpe de estado que le llevó temporalmente al poder, por la cómoda razón de que él (Díaz) había sido electo constitucionalmente.

Otro resultado infeliz del empeño

de sustituir la política personal con cooperación inteligente, ha sido el traspaso virtual de la dirección de las relaciones exteriores del Ejecutivo al oficioso Senado. El Presidente del Comité de Relaciones Exteriores considera su deber hacer un discurso o publicar una declaración sobre todas las delicadas cuestiones internacionales que están volviendo locos a los expertos del Departamento de Estado, al mismo tiempo que esta semana tres senadores, Borah de Idaho, Wheeler de Montana y Ransdell de Louisiana, hicieron declaraciones cada uno aconsejando un procedimiento diferente para tratar la situación de Nicaragua. Borah urge estricta neutralidad; Wheeler, cuyas simpatías han estado siempre con los radicales, favorece a los neo-comunistas liberales, y Ransdell pide francamente a la Administración que sostenga el gobierno conservador de Díaz.

Para cualquier otra nación discernir lo que es la política extranjera de este país bajo tales circunstancias, debe ser, desde luego, imposible, pues nadie puede ser tenido responsable por ella, aunque el Presidente lo es constitucionalmente.

Todo lo cual nos lleva a decir que es tiempo de abandonar los empeños de tratar con la América Latina siguiéndonos por una regla fija, y tratar cada caso que surge según sus méritos. Digan lo que quieran los demagogos, ninguna administración necesita excusas por defender las vidas y propiedades americanas en cualquier país, y por la misma razón los gobiernos amigos de los intereses americanos deben ser reconocidos y ayudados. El gobierno constitucional es una farsa tan grande en algunas partes de la América Latina que se recurre a la constitución, como en México, especialmente cuando se intenta un asalto sobre los intereses extranjeros. En muchos países al Sur de nosotros las elecciones libres son desconocidas, de aquí el absurdo esencial de dar mucha importancia a sutilezas de derecho. Si un Gobierno revolucionario quiere el reconocimiento americano, que pruebe que no abusará de él. Esto es más seguro para ambos países que la regla del pulgar.

Señor Editor del

BOSTON EVENING TRANSCRIPT:

Estoy sorprendido de que un periódico de la importancia y reputación del *Boston Evening Transcript* sostenga que el principio dominante de la política exterior de los Estados Unidos en sus relaciones con las re-

públicas latino-americanas debe ser el interés de los americanos en esas mismas repúblicas.

Esta opinión creo que es profundamente inmoral y egoísta e indigna de un pueblo grande y generoso, y una política basada en ese principio haría pronto comprender a las repúblicas latino-americanas de que no se les estaba tratando como tales sino más bien como factorías disfrazadas bajo el pomposo nombre de miembros de la Unión Pan-Americana.

Me parece que las ideas del ex-Presidente Wilson a este respecto expresadas en su memorable discurso de Mobile—de no reconocimiento a ningún régimen surgido de la violencia—estaban a lo menos inspiradas en un propósito más noble que servir únicamente los intereses comerciales de sus compatriotas, sin ningún miramiento por la independencia y dignidad de las repúblicas del Sur.

Cuando el golpe de estado del General Tinoco derrocó el orden constitucional de Costa Rica (en una forma parecida a la usada por el General Chamorro para derrocar el régimen legal de Nicaragua) la intervención del Presidente Wilson se limitó a negarle su reconocimiento y amistad al Gobierno de Tinoco, y los costarricenses vimos en su acción una justa actitud ante aquel desmán y un apoyo moral de gran valor en nuestros empeños por restablecer el imperio del derecho en nuestra patria. Viene al caso recordar aquí que el ex-Presidente Wilson no quiso tampoco reconocer el régimen del General Quirós (nombrado Presidente por el Congreso de Tinoco cuando éste tuvo que abandonar el país) debido a su origen viciado. Es por esto que los costarricenses guardamos con reverencia la memoria de aquel distinguido estadista americano.

Permítaseme decir también que no tengo noticia de que los intereses americanos sufrieran con nuestra revuelta de aquella época, a no ser que se considere como daño la disminución de negocio que es consecuencia natural de un régimen político inestable; pero sería absurdo además de injusto y supremamente egoísta sacrificar los derechos de un pueblo a luchar por el restablecimiento de la legalidad en su propio país, solamente porque los comerciantes no dejen de ganar unos cuantos dólares más.

No quiero ahora referirme a las muchas inexactitudes del editorial en cuestión sobre la historia política de Centro América durante los últimos años, pero respetuosamente recomiendo a su autor revisar sus informaciones. Si tal hace verás, entre otras cosas, que el General Orellana no fué quien derrocó el Gobierno de

Estrada Cabrera en Guatemala. Pienso que un estudio detenido de estos asuntos convencería probablemente al editorialista del TRANSCRIPT de que lo que ha complicado estas cosas no es precisamente el hecho de que los Estados Unidos se hayan apegado a una fórmula, sino más bien la falta de una política consecuente que el autor del artículo no favorece, mostrándose decididamente opuesto a hacer generalizaciones que informen la conducta del Departamento de Estado, excepto cuando se trata de calificar las democracias de nuestras jóvenes nacionalidades con la arrogancia y el tono despreciativo de un romano de los días del Imperio hablando de una oscura y remota provincia.

En cuanto a mi país, cuya representación consular tengo el honor de servir en Boston, debo manifestar que Costa Rica tiene ganada legítima estima de todos quienes conocen su régimen democrático, sus bien organizadas instituciones y su existencia de libertad y de orden.

No niego que algunas de nuestras incipientes repúblicas padecen de cuando en cuando trastornos de que no están libres ni aun los países más grandes y viejos de Europa, pero en todo caso creo que el medio de ayudar a que las instituciones democráticas progresen y se solidifiquen en esos países, es dejarles darse el gobierno que ellos quieren y no tratar de imponerles a la fuerza un presidente sólo porque demuestra sentimientos de amistad a los Estados Unidos que, en estos casos de reconocimiento, no sería tal vez temerario calificar de interesados.

MARIO SANCHO

Boston, Mass.,
3 de enero de 1927.

Dr. Gilberto Maldonado

Cirujano Dentista

Asepsia escrupulosa. Esmerado trabajo, práctica general. Satisfacción garantizada. Precios razonables. Equipo moderno y completo. Oficina: Avenida Central, frente a la tienda de Jaime Carranza.

Teléfono N.º 962. Apartado N.º 680

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Dos cartas del Dr. Alberto Ulloa

Desde Lima.

Señor don J. García Monge.

Mi querido amigo:

Antes de encuadernarse *Mercurio*, desglose estas dos cosas para usted: dos interesantes cartas de Alberto Ulloa, uno de nuestros más altos prestigios intelectuales de mi generación, que, si usted no tiene inconveniente, le agradecería reprodujera en su *REPERTORIO*—y el artículo de Jorge Guillermo sobre García Monge y el *REPERTORIO AMERICANO* que nos envió para su reproducción.

Crea siempre en la simpatía y en la admiración de su amigo,

ALBERTO URETA

Señor Alberto L. Rodríguez, Secretario General de la Comisión Organizadora del Congreso Estudiantil de Panamá.

Al cruzar, lleno de tristeza, por un corredor extranjero el territorio panameño, envió mi saludo de cordial solidaridad a la juventud libre de Panamá que lucha por redimir a su patria del protectorado de los Estados Unidos.

Frente al panamericanismo convencional y burocrático de congresos oficiales y de cancillerías serviles, que quiere encauzar la vida continental dentro de los moldes de fierro que los Estados Unidos forjan, se va afirmando cada día con más fuerza en la América nuestra el movimiento de la unión latinoamericana al que sumamos con empeño los profesores libres nuestro esfuerzo orientador y las juventudes libres su espíritu de lucha y de sacrificio.

Poco ven quienes no alcanzan a presagiar en el horizonte la gran lucha por la nueva emancipación americana de un coloniaje económico y político más grave que el despotismo distante de los reyes españoles.

Uno de los objetivos de esa lucha debe ser, ha de ser, liberar a Panamá, víctima de una fatalidad geográfica que debía serle venturosa, de la tutela de los Estados Unidos. Mas tal finalidad fuera incompleta si se limitara a la supresión del tutelaje norteamericano pero dejara subsistir la *zona del canal* bajo su soberanía que hace de la comunicación transoceánica, no un pacífico símbolo de solidaridad humana sino la hoja de acero con que los Estados Unidos atraviezan el corazón del continente en una afirmación dominadora.

El canal de Panamá debe ser internacionalizado. No debe confundirse la retribución económica a que pueden aspirar los capitales invertidos en la empresa industrial, con el carácter político de la cuestión. No es posible consentir el ejercicio en Panamá de la soberanía de los Estados Unidos apoyada por una fuerza naval

y militar incontrastable. Como Suez, como los Dardanelos, como Kiel, el canal de Panamá debe estar sometido a un régimen internacional, pero, no solamente en el sentido limitado del libre paso sino en el amplio sentido de la autoridad y de una neutralización que haga innecesario el erizamiento de los cañones que hacia el Caribe como hacia el Pacífico, se enfrentan a la América latina más que con la incertidumbre de una amenaza con la realidad de una imposición.

Esta campaña constituye una empresa pacífica desprovista de odio. Vayamos a ella con una voluntad persistente de triunfar como el mejor homenaje al espíritu que animó hace cien años la obra de los fundadores de la independencia americana. Ellos vieron entonces llegar tarde a la cita anfictionica a los representantes de los Estados Unidos. Nosotros les hemos visto llegar, después, en oportunidad para izar su bandera sobre las ruinas del esfuerzo de solidaridad que discursos elocuentes no pudieron encarnar en 1826. Tales hechos tienen una acerba enseñanza porque demuestran cómo se desinteresan los Estados Unidos de la obra retórica, reservándose tomar para sí los provechos materiales donde pueden hallarlos.

Afectuosamente de Uds.

ALBERTO ULLOA

Profesor de Derecho Internacional Público de la Universidad de Lima.

Alta mar, julio 1.º 1926

Señor don Jorge E. Núñez

Arequipa

Mi estimado amigo:

Días antes de dejar Lima, recibí su afectuosa carta de 20 de mayo, mas ha de perdonar Ud. a las agitaciones de mi viaje el que no le contestara antes. Ha sido tan vivo mi afán de hacerlo, que a pesar del deseo de descansar a bordo, me tomo el tiempo de ponerle estas líneas.

Me informa Ud. amablemente de que un grupo de jóvenes universitarios de Arequipa ha acordado organizar el Centro *Studium* con tendencias marcadamente nacionalistas y culturales apreciando el papel social de las Universidades y que tienen el propósito de publicar una revista para la que solicitan bondadosamente mi colaboración. En tal carácter va esta carta.

Aplaudo y estímulo vivamente los proyectos de Uds. y la voluntad manifiesta de encarnarlos con prontitud que en su carta expresa. El pensa-

miento y la acción van a responder a dos necesidades una local y otra general. Vivificar el medio intelectual arequipeño tan rico en potencialidad y contribuir a los estudios nacionalistas que Uds. consideran con notoria exageración desdeñados en el día. El intercambio de ideas que determinará necesariamente *Studium* permitirá a Ud. apreciar mejor la realidad del movimiento espiritual y literario del Perú hacia un nacionalismo útil que viene caracterizando el esfuerzo de brillantes portavoces de la nueva generación de intelectuales.

Tal vez Uds. pudieran replicarme que los más destacados de entre ellos no son o han dejado de ser estudiantes, pero en vez de rehuir la réplica la busco para decir que pienso que es erróneo el criterio que tiende a separar una intelectualidad estudiantil de la intelectualidad en general. El fenómeno intelectual de una generación o de una época es uno solo, que ella descubre y profundiza; las diferencias son de puntos de vista, de capacidad o de escuela, no de profesión o de gremio. Los estudiantes se deben a las preocupaciones espirituales de su tiempo a que también se consagran los demás contemporáneos sin distinción de oficios. Hacer de las universidades, de la enseñanza o de la juventud estudiantil una categoría intelectual, es negar precisamente la función social que Uds. aprecian en las primeras, y pretender convertir tales elementos de vida espiritual en los centros de abstracta pedantería que tanto combatimos todos.

Yo no quisiera en verdad corresponder a la generosidad con que ustedes me tratan, haciendo el papel de contradictor de sus ideas, pero ya que se dirigen a mí como a un profesor universitario—el menos calificado pero el más entusiasta en este orden—les debo una sinceridad total, aun cuando ella me revele en un punto de vista opuesto al que ustedes esbozan en su carta.

Por eso me permito exponer mi divergencia con el pensamiento de Uds. en cuanto contiene cierta hostilidad hacia la inclinación de los jóvenes por los grandes problemas de la vida contemporánea, estudiados en la literatura social y económica extranjera. Tal vez si aquella hostilidad es más de forma que de fondo, pero temo, sin precisar por qué, que sea más de fondo que de forma.

El nacionalismo no se opone a la observación atenta y reflexiva de la agitación que recorre al mundo en nuestros días; ni al gusto por su literatura ni a la preocupación por sus soluciones teóricas y prácticas.

De la gesta que libran con una vo-

luntad tesonera y solidaria, el cerebro y el músculo, la inteligencia y el trabajo, van a salir, sin duda alguna, nuevas formas que nosotros quizá no gozaremos, pero que harán de nuestros hijos hombres mejores que, si se sobrepone en ellos el corazón a los sentidos, serán también hombres más felices.

Estaremos de acuerdo en considerar que al lado de esas preocupaciones debe desenvolverse la afición por el estudio de los problemas nacionales, localizando la ciencia, la historia, y la experiencia y luchando, sobre todo luchando, contra la adopción de instituciones legislativas que puedan regular quizá las relaciones de una minoría nacional que vive dentro del convencionalismo de la civilización, pero que son fórmulas vacías cuando no instrumentos de explotación frente al indio y lejos de los grandes centros urbanos e industriales.

De modo que hay dos cuestiones a mi entender: una, la inclinación hacia los problemas espirituales y sociales de nuestro tiempo, que no se debe ni se puede contrariar; otra, el estudio que debe estimularse de los problemas nacionales, a fin de darles en su día las soluciones más nobles que concilien al pensamiento universal contemporáneo con las particularidades de su aplicación local. Así las dos cuestiones lejos de oponerse se completan y conviven.

Buscando en la nitidez del pensamiento la mejor expresión de éste, diríamos que el problema del indio puede ser resuelto en el Perú con instituciones legislativas acordes con la indiosincracia de quien las aprovecha y de quien las aplica, pero tiene que serlo de conformidad con dos ideas matrices de la aspiración humana de nuestros días: la supresión de la explotación del hombre por el hombre y el reparto de la tierra.

Pues bien, una generación que no palpita a través de la literatura social y del momento que vive, con la cruzada de la redención económica y espiritual del hombre, no será capaz de dar al problema del indio una solución nacional y humana.

Así es como el nacionalismo no debe ser el aislamiento que debilita y expone al peligro, porque consume a la aspiración imposible de bastarse a sí mismos. La transfusión del pensamiento, de la riqueza y de la sangre que fortalecen, se logran por la solidaridad de la cultura y de los intereses.

Un nacionalismo de la inteligencia, sería contrario a su vacación humana. La cultura nacional debe entenderse como el proceso de adaptación a fenómenos relativamente locales del acer-

vo cultural que la inteligencia humana ha ido sedimentando en los espíritus a través de los siglos.

Excusen Uds. a mis convicciones su carácter discrepante.

De Uds. afectuosamente.

ALBERTO ULLOA

Bibliografía titular

Los impresos de la semana

Del Prof. S. Morley Otero (18 de Julio 1247. Montevideo. Uruguay):

Escuela Uruguaya. Manuales de Enseñanza Moderna. J. E. Fabre: *Insectos y Arácnidos*. Selección de «Recuerdos Entomológicos», precedidos de la entrevista Pasteur-Fabre; y J. E. Fabre: *Insectos*. Trozos, escogidos de la obra entomológica de Fabre, precedidos de una biografía de éste y de notas aclaratorias. Montevideo. Claudio García, Editor. 1925 y 1926, respectivamente.

Javier de Viana: *La Biblia Gaucha*. Con un juicio crítico de la obra de Viana, por Carlos Roxio. Claudio García, Editor. Montevideo. 1925.

Anatole France: *Diálogo sobre la Metafísica y la existencia de Dios*. Páginas inéditas, reunidas y comentadas por Michel Corday y otros escritos. Montevideo. Claudio García, Editor. 1926.

De la Editorial Atlas (Remitente: T. R., Casilla 8, Matheu 275. Buenos Aires, Rep. Argentina.)

Eliás Castelnuovo: *Entre los Muertos*. (Narraciones). Ed. «Atlas». Buenos Aires. 1926.

De la Secretaría de Educación, México, D. F.:

Amado Nervo, *La Peralta y Rosas*, por Hernán Rosales. México. Herrero Hnos. Sucesores 1926.

Hombres, Mujeres, (Entrevistas). Colofón de José Vasconcelos. Carátula de Bolaños Cacho. México, 1926.

Principios de Estética, por Antonio Caso. Publicaciones de la Secretaría de Educación. México, MCMXXV.

Ensayos sobre las civilizaciones aborígenes americanas, por Miguel O. de Mendi-zabal. México. Museo Nacional. 1924.

Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia. Escritos en Lagos por Agustín Rivera, Doctor de la Ex-Universidad de Guadalajara. Tomo I. Depto. Editorial de la Secretaría de Educación. México. 1922.

Páginas viejas con ideas actuales, por J. M. Puig Casauranc. México. MCMXXV.

Album de Mexico Monumental, editado por EXCELSIOR, Cia. Editorial, S. A.

Máscaras Mexicanas, por Roberto Montenegro. Publicaciones de la Secretaría de Educación.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Juan Manso

(Cuento de muertos)

Y va de cuento.

Era Juan Manso en esta pícara tierra un bendito de Dios, un mosquita muerta que en su vida rompió un plato. De niño, cuando jugaban al burro sus compañeros, de burro hacía él; más tarde fué el confidente de los amoríos de sus camaradas, y cuando llegó a hombre hecho y derecho le saludaban sus conocidos con un cariñoso: ¡Adiós, Juanito!

Su máxima suprema fué siempre la del chino: no comprometerse y arrimarse al sol que más calienta.

Aborrecía la política, odiaba los negocios, repugnaba todo lo que pudiera turbar la calma chicha de su espíritu.

Vivía de unas rentillas, consumiéndolas íntegras y conservando entero el capital. Era bastante devoto, no llevaba la contraria a nadie y como pensaba mal de todo el mundo, de todos hablaba bien.

Si le hablabas de política, decía:

—Yo no soy nada, ni fu ni fa, lo mismo me da Rey que Roque: soy un pobre pecador que quiere vivir en paz con todo el mundo.

No le valió, sin embargo, su mansedumbre y al cabo se murió, que fué el único acto comprometedor que efectuó en su vida.

* * *

Un ángel armado de flamígero espadón hacía el apartado de las almas, fijándose en el señuelo con que las marcaban en un registro o aduana por donde tenían que pasar al salir del mundo y donde, a modo de mesa electoral, ángeles y demonios, en amor y compañía, escudriñaban los papeles por si venían en regla.

La entrada al registro parecía taquilla de expenduría en día de corrida mayor. Era tal el remolino de gente, tantos los empujones, tanta la prisa que tenían todos por conocer su destino eterno y tal el barullo que increpaciones, ruegos, denuestos y disculpas en las mil y un lenguas, dialectos y jergas del mundo armaban, que Juan Manso se dijo:

—¿Quién me manda meterme en líos? Aquí debe de haber hombres muy brutos.

Esto lo dijo para el cuello de su camisa, no fuera que se lo oyesen.

El caso es que el ángel del flamígero espadón maldito el caso que hizo de él, y así pudo colarse camino de la Gloria.

Iba solo y pian pianito. De vez en vez pasaban alegres grupos, cantando letanías y bailando a más y mejor algunos, cosa que le pareció poco decente en futuros bienaventurados.

Cuando llegó al alto se encontró con una larga cola de gente a lo largo de las tapias del Paraíso, y unos cuantos ángeles que cual *guindillas* en la tierra velaban por el orden.

Colócase Juan Manso a la cola de la cola. A poco llegó un humilde franciscano y tal maña se dió, tan conmovedoras razones adujo sobre la prisa que le

corría por entrar cuanto antes, que nuestro Juan Manso le cedió su puesto diciéndose:

—Bueno es hacerse amigos hasta en la Gloria eterna.

El que vino después, que ya no era franciscano, no quiso ser menos y sucedió lo mismo.

En resolución, no hubo alma piadosa que no biralara el puesto a Juan Manso, la fama de cuya mansedumbre corrió por toda la cola y se transmitió como tradición flotante sobre el continuo fluir de gente por ella. Y Juan Manso, esclavo de su buena fama.

Así pasaron siglos al parecer de Juan Manso, que no menos tiempo era preciso para que el corderito empezara a perder la paciencia. Topó por fin cierto día con un santo y sabio obispo, que resultó ser tataranieta de un hermano de Manso. Expuso éste sus quejas a su tatarasobrino y el santo y sabio obispo le ofreció interceder por él junto al Eterno Padre, promesa en cuyo cambio cedió Juan su puesto al obispo santo y sabio.

Entró éste en la Gloria y, como era de rigor, fué derechito a ofrecer sus respetos al Padre Eterno. Cuando hubo rematado el discursillo, que oyó el Omnipotente distraído, díjole éste:

—¿No traes postdata?— mientras le sondeaba el corazón con su mirada.

—¡Señor!, permitidme que interceda por uno de sus siervos que allá, a la cola de la cola...

—Basta de retóricas—dijo el Señor con voz de trueno—. ¿Juan Manso?

—El mismo, Señor, Juan Manso que...

—¡Bueno, bueno! Con su pan se lo coma, y tú no vuelvas a meterte en camisa de once varas.

Y volviéndose al ángel introductor de almas, añadió:

—¡Que pase otro!

Si hubiera algo capaz de turbar la alegría inseparable de un bienaventurado, diríamos que se turbó la del santo y sabio obispo. Pero, por lo menos, movido de piedad, acercóse a las tapias de la Gloria, junto a las cuales se extendía la cola, trepó a aquéllas, y llamando a Juan Manso, le dijo:

—¡Tataratío, cómo lo siento! ¡Cómo lo siento, hijito mío! El Señor me ha dicho que te lo comas con tu pan y que no vuelva a meterme en camisa de once varas. Pero... ¿sigues todavía en la cola de la cola? Ea, ¡hijito mío!, ármate de valor y no vuelvas a ceder tu puesto.

—¡A buena hora mangas verdes!—exclamó Juan Manso, derramando lagrimones como garbanzos.

Era tarde, porque pesaba sobre él la tradición fatal y ni le pedían ya el puesto, sino que se lo tomaban.

Con las orejas gachas abandonó la cola y empezó a recorrer las soledades y baldíos de ultratumba, hasta que topó con un camino donde iba mucha gente, cabizbajos todos. Siguió sus pasos y se halló a las puertas del Purgatorio.

—Aquí será más fácil entrar—se dijo—, y una vez dentro y purificado me expedirán directamente al cielo.

—¿Eh, amigo, adónde va?

Volvióse Juan Manso y hallóse cara a cara con un ángel, cubierto con una gorrita de borla, con una pluma de escribir en la oreja, y que le miraba por encima de las gafas. Después que le hubo examinado de alto a bajo, le hizo dar vuelta, frunció el entrecejo y le dijo:

—¡Hum, *matorum causa!* Eres gris hasta los tués-

tanos... Temo meterte en nuestra legía, no sea que te derritas. Mejor harás ir al Limbo.

—¡Al Limbo!

Por primera vez se indignó Juan Manso al oír esto, pues no hay varón tan paciente y sufrido que aguante el que un ángel le trate de tonto de capirote.

Desesperado tomó camino del Infierno. No había en éste cola ni cosa que lo valga. Era un ancho portalón de donde salían bocanadas de humo espeso y negro y un estrépito infernal. En la puerta un pobre diablo tocaba un organillo y se desgañitaba gritando:

—Pasen ustedes, señores, pasen... Aquí verán ustedes la comedia humana... Aquí entra el que quiere... Juan Manso cerró los ojos.

—¡Eh, mocito, alto!—le gritó el pobre diablo.

—¿No dices que entra el que quiere?

—Sí, pero... ya ves —dijo el pobre diablo poniéndose serio y acariciándose el rabo—, aún nos queda una chispita de conciencia... y la verdad... tú...

—¡Bueno! ¡Bueno! —dijo Juan Manso volviéndose porque no podía aguantar el humo.

Y oyó que el diablo decía para su capote: ¡Pobrecillo!

—¡Pobrecillo! Hasta el diablo me compadece.

Desesperado, loco, empezó a recorrer, como tapón de corcho en medio del Océano, los inmensos baldíos de ultratumba, cruzándose de cuando en cuando con el alma de Garibay.

Un día que atraído por el apetitoso olorcillo que salía de la Gloria se acercó a las tapias de ésta a oler lo que guisaban dentro, vió que el Señor, a eso de la caída de la tarde, salía a tomar el fresco por los jardines del Paraíso. Le esperó junto a la tapia, y cuando vió su augusta cabeza, abrió sus brazos en ademán suplicante y con tono un tanto despechado le dijo:

—¡Señor, Señor! ¿No prometiste a los mansos vuestro reino?

—Sí; pero a los que embisten, no a los embolados. Y le volvió la espalda.

* * *

Una antiquísima tradición cuenta que el Señor, compadecido de Juan Manso, le permitió volver a este pícaro mundo: que de nuevo en él, empezó a embestir a diestro y siniestro con toda la intención de un pobrecito infeliz; que muerto de segunda vez atropelló la famosa cola y se coló de rondón en el Paraíso.

Y que en él no cesa de repetir:

—¡Milicia es la vida del hombre sobre la tierra!

MIGUEL DE UNAMUNO

España.

La vida del gorila en libertad

Zenker describe la vida del gorila en libertad, tan diferente de la de los míseros ejemplares que vegetan en las jaulas de nuestros parques zoológicos: «El gorila macho va acompañado de varias hembras y de sus pequeños. Cuando anda en busca de alimento por la selva, los pequeños marchan delante, las hembras detrás y cierra la comitiva el gorila macho, siempre vigilante, a menudo poniéndose de pie para cerciorarse de que no corran ningún peligro. Tiene la vista y el oído muy finos y su olfato es perfecto. Si no advierte peligro alguno y tiene hambre, se sube a un árbol y las hembras le llevan frutas y se sientan a su lado. A veces el macho echa los brazos al cuello de sus compañeras y se divierte haciendo ruido con la boca. Esta descripción hará sonreír a muchos de nuestros lectores, que, sin embargo, no podrán menos de encontrar parecido entre la vida del gorila y la de algún hombre actual. El nombre *orang-után* quiere decir, en la lengua de los pobladores de Borneo, hombre de los bosques, y creen que si no habla es sólo por temor de que le obliguen a trabajar. Vive también en los árboles, donde se fabrica un nido con las ramas. Estos grandes antropoides emplean a veces, como armas, troncos y piedras, pero su mejor defensa es aplastar al enemigo en estrecho abrazo sobre su ancho tórax. Todos sin embargo caminan apoyándose en sus cuatro extremidades, excepto el gibón, que anda casi derecho; viven en grupos que, más bien que rebaños, podrían llamarse familias, pues sólo hay en cada uno un macho adulto. No conocen el modo de encender fuego, aunque gustan de calentarse si encuentran las cenizas de un hogar abandonado. Mucho se ha divagado acerca de las maneras de comunicarse entre sí los grandes monos llamados antropoides; el gorila tiene en cada mejilla una especie de bolsa y ya hemos dicho que las hincha a modo de tambor para producir ruido, batiéndolas con las manos, avisando así a sus compañeros en caso de peligro. Otros emiten sonidos casi articulados; se ha llegado a fotografiar la sonrisa del chimpancé, y decimos fotografiar porque siempre queda la duda en esta clase de información.

JOSÉ PIJUAN

(Historia del mundo, Tomo I).

Gacela

En el potro divino que a las águilas reta,
otra vez me aventuro por el sendero azul:
en el arco tendido del amor, la saeta
por ti sueña en un blanco de estrella o de bulbul.

Quiero mostrarte, al margen de nuestro propio abismo,
en la cumbre del triunfo, la emoción del laurel:
a ti, que ya presientes, en tu sed de idealismo,
la embriaguez de la gloria, tras el hondo espejismo
donde en golfos amargos juegan soles de miel.

La alondra en tus reflejos de luz, canta la hora
que para mí desfila ya asmática y oscura;

por ser tu abril en gracia el huésped de la aurora,
un huerto en flor parece temblar en tu cintura.

Con un cuento de amor de los orientes sabios,
que luzca las viñetas de los ocasos rojos,
quiero hechizar el ave del silencio en tus labios
y volver más dorada la niebla de tus ojos.

Cruzas, como ilusoria gacela, mi desierto,
así el oro sonámbulo de la luna en el mar;
desde que te conozco, tengo el balcón abierto
de mi última esperanza, para verte pasar.

RAFAEL LÓPEZ

(Revista de Revistas, México, D. F.)